

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN LOS DÍAS SANTOS

Alguno dirá que esta crónica reviste semejanza con un sermón. Así como así estamos en Semana Santa, y es preciso acordarse de este tiempo y de las solemnidades, demasiado puestas en olvido, con que la iglesia lo conmemora.

En otras edades la Semana Santa era un acontecimiento: las gentes se preparaban de antemano, por el ayuno cuadragesimal, á asociarse á los dolores de la divina víctima. En sus Sacramentarios y Antifonarios, las iglesias advertían, por el tono de las oraciones, por la elección de las lecturas, por el sentido de las consagradas fórmulas, que había que pensar en el drama del Calvario. Sin perdonar medio se insinuaba esta advertencia tan conforme al sentido cristiano: ya velando las imágenes, ya repitiendo las alusiones al gran acontecimiento de la redención por el sacrificio. San Juan Crisóstomo llamaba á esta semana la «Semana grande.» También recibía el nombre de «Semana penosa ó dolorosa,» por los padecimientos que en ella sufrió Cristo; de «Semana de indulgencia,» porque en ella se suele buscar, en la confesión, el perdón de los pecados, y de «Semana Santa,» por la santidad de los misterios que en ella se recuerdan. Y este último nombre es el que ha prevalecido. Los días que la componen están canonizados: se llaman *Martes Santo, Jueves Santo...*, etc.

\*\*

Los nombres duran más que las cosas: más que las costumbres, que los sentimientos, que los preceptos, que la fe. ¿Dónde están aquellos ayunos de los primeros creyentes? ¿Dónde los escrúpulos de nuestros abuelos? San Epifanio dice que algunos cristianos ayunaban desde el Lunes Santo hasta el canto del gallo al amanecer el Domingo de Pascua. Los menos fervorosos iniciaban este *traspaso* del Jueves Santo á la madrugada del Domingo. Todavía hoy, en esos países orientales donde no se ha extinguido el misticismo, donde aún se crían sectas y recorren las calles los flagelantes y los iluminados, y hay extáticos y profetas, se practica este género de ayuno y se exalta con la inanición el sentimiento religioso.

Se acostumbra también en otras épocas no dejar solitarios los templos un instante en Semana Santa, ni de día ni de noche. Inmensa multitud los llenaba, y el rumor de los rezos nocturnos subía llenando las altas bóvedas de las catedrales. Allí permanecían los fieles hasta el alba, hora de la primera misa, y entonces otros venían á sustituirles, mientras los que habían velado se recogían á disfrutar algún reposo. En tales días nadie trabajaba ni traficaba. La vida material estaba como en suspenso. Los esposos se apartaban, los servidores no atendían á sus tareas; se vivía con el espíritu. Y cuando después de este paréntesis en que se contrariaban todos los instintos y se rompía la cadena de los quehaceres y de las satisfacciones, hasta de las más lícitas, venía la fiesta de Pascua..., era realmente la Pascua florida, la Pascua gozosa, la Pascua primaveral, el renacimiento de las alegrías, de la vida tumultuosa y bullente, de los regocijos, de la mesa opípara, de la expansión juvenil; Pascua, verdadera Pascua. Nada avalora el goce como las privaciones. En aquellos tiempos había claro-oscuro en la existencia.

Y es que entonces la sociedad entera estaba como empapada en el espíritu religioso. Las leyes, reflejo de las costumbres y expresión de los sentimientos, concurrían á solemnizar el tiempo de la Semana Santa. El Código de Teodosio vedaba perseguir á nadie en justicia en toda la Cuaresma. El acreedor no podía reclamar su dinero; la vindicta pública no perseguía al criminal. Siete días antes de Pascua y siete después, se consideraban domingos. No sólo se interrumpía la justicia, sino que se desbordaba la clemencia. Los Poderes de aquellos siglos, anticipándose á las ideas del conde Tolstoy, daban libertad á los presos é indultaban á los reos de muerte. Los amos no imponían castigos á sus esclavos; los reyes absolvían á los rebeldes y facciosos: todo en memoria de Jesús, del monarca espiritual, según el Crisóstomo nos enseña: *regnante Domino nostro Jesu Christo*. Y los ricos daban más limosna, y los pobres descansaban del duro trabajo. Tales eran las huellas que el cristianismo grababa en la sociedad civil.

Actualmente... Declaro que me veo en grave apuro si he de aquilatar hasta qué punto nuestra sociedad es menos cristiana que aquella. Por una parte veo que en aquella, con ser tan religiosa, existía esclavitud, tormento, crueldades, tiranías; por otra, que en ésta se agota tranquilamente la fe. Acabo de leer en un periódico cierto telegrama que ha fijado mi atención. ¡Qué síntoma! Dice así: *Monomanía religiosa*. Ciudad Real. (La fecha). Durante tres días ha permanecido en esta capital el ex empleado del Banco D. José Ortiz Fallón, que recorre España haciendo penitencia. Por todo equipaje lleva dos peludos liados al cuerpo, una pequeña manta andrajosa, un morralito y una capa de hule. Al hombro lleva una pesada cruz de hierro en la que se lee: *Obras y no palabras*. Durante su permanencia en ésta, que ha sido en casa de un barrendero, sólo se le ha visto cuando iba á orar. No ha permitido recibir auxilios ni limosnas. Este desgraciado, á quien la mayor parte de las gentes le han creído poseído de una ardiente monomanía por efecto de su excesiva fe religiosa, ha sido tratado con toda clase de consideraciones y respetos. Y el nombre del corresponsal.

\*\*

¿Queréis meditar este telegrama, redactado sin mala intención, con la sencillez del que sólo se propone transmitir una noticia rara y curiosa para dar atractivo á la lectura del periódico?

Empezad por el título: «Monomanía religiosa.» Es decir, que el que recorre España haciendo penitencia, sólo puede ser un maniático. Sin embargo, así la han recorrido, y supongo que en equipaje de no mayor lucimiento que el del Sr. Ortiz, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán — no cito más que santos renombradísimos y populares. Seguid por la fórmula de cortesía: *Don José Ortiz y Fallón*. Nuestros antecesores le llamarían el *hermano José*, como las gentes de Italia llamaban á San Francisco *frate Francesco*, nuestro hermano. Porque el hombre que renegaba del mundo y sus vanidades, adquiría el título de hermano de los demás hombres. Nos hemos vuelto ceremoniosos: y la ceremonia y el cumplimiento son vallas que se alzan entre los corazones y las voluntades. — Continúa observando. El mismo penitente se da cuenta de que no está en armonía con los que le rodean; que ni ellos le comprenden ni él les comprende á ellos, y altivo, cauto, para salvar su dignidad, se niega á aceptar limosna. ¿Qué valla más alta, ni más recia, ni más infranqueable? San Francisco aceptaba la limosna hasta tal punto, que no permitía á sus frailes rehusar ni aun los alimentos espléndidos y golosos. Debían comerlos y comer también la bazofia. Todo igual. Lo que les diesen. Era la santa limosna, la santa pobreza; era la dádiva cristiana y fraternal. Pero el penitente Ortiz, el que no se atreve á ser el *hermano José*, tampoco se atreve á parecer un pedigrío, un mendigo. Come de lo suyo, en la humilde casa del barrendero. Quizás el barrendero le mantiene; de todos modos, no se sabe. Acata el penitente la ley social de que nadie se entere de nuestro modo de vivir, ni tenga derecho á preguntarnos de dónde nos viene el pedazo de pan, con tal que no se lo pidamos ostensiblemente á nadie.

\*\*

¡Ah, penitente Ortiz! En esto no te alabo. Si eres un creyente, de esos que parece que van acabándose — y conste que yo no te califico de *maniático*, y que me parece de perlas el lema que llevas escrito en tu pesada cruz de hierro; — si eres, digo, un creyente, un *Nasarín* á lo divino, no te preocupes de lo que pue-

dan pensar los filisteos; camina intrépido, tendiendo la mano, y dando luego á otro pobre de Dios lo que hayas recogido. Si no tienes este valor, métete en un convento, como le decía Hamleto á Ofelia. Allí la regla encauzará tu piedad; allí la obediencia te señalará lo que debes orar, lo que debes vestir, lo que debes comer, lo que debes hacer á cada hora del día. Y si quieres ser más libre, si te pesa ese yugo, retírate á una cueva. Hay en España un solitario que se ha refugiado no sé en qué breñas y soledades. Para ese, el mundo se encuentra todavía como en el siglo del Crisóstomo y de Teodosio. Los árboles no varían; la naturaleza entona ahora los mismos cánticos de esperanza y de fe. Las águilas hacen su nido en los riscos inaccesibles. Allí puedes ser el *hermano Ortiz*... con tal que no veas á ninguno de tus hermanos, ni de tus hermanas... A éstas sobre todo, dirá algún humorista.

\*\*

Lo cierto es que el buen Ortiz es ya el único mortal que por veredas y calles y plazas practica el más conmovedor de los ritos de Semana Santa, el más expresivo: la *Adoración de la Cruz*.

Verifícase ésta el día de Viernes Santo, cuando se han acabado las plegarias generales, después de que se ha implorado á Dios por la conversión de los paganos. La Cruz, símbolo del sufrimiento y de la redención, se adoró en la cristiandad desde el siglo IV de la Iglesia; desde Jerusalén. Empezó este culto en los momentos en que la emperatriz Santa Helena acababa de descubrir la verdadera Cruz; las gentes estaban deseosas de contemplar el *Lignum*, y cuando lo veían prorumpían en sollozos, en gritos de entusiasmo, y se postraban, faz contra tierra, haciendo todos los extremos y manifestaciones de la mayor piedad y ternura. Aquel siglo IV fué el momento en que el mundo oriental y el latino, llamados á separarse después para siempre, se unieron y quisieron fundirse en la idea cristiana. — La Cruz y el *Logos* se abrazaban con estrecho abrazo. — De todas partes concurrían á Jerusalén los peregrinos para asistir á la adoración; en Semana Santa acampaban al raso, por la imposibilidad de que encontrasen techo. Duró este fervor hasta que en el siglo VII se hizo general la ceremonia de la Adoración en todos los templos del orbe cristiano.

¿Habéis asistido alguna vez á este rito? Lo describiré fielmente. El celebrante, para cumplirlo, despójase de la casulla, á fin de presentarse con mayor humildad y modestia al pie del árbol de la vida. Sitúndose después en el lado de la Epístola, se vuelve hacia el pueblo. El diácono toma entonces la Cruz velada de negro que está entre los cirios, y la coloca en manos del celebrante, el cual descubre la Cruz hasta el travesaño, la levanta y dice al pueblo: «Este es el madero de la Cruz, del cual ha estado pendiente la salvación del mundo.» Los fieles se arrodillan, pero ya en ninguna parte alzan la voz para exclamar: «Venite, adoremus.» Silenciosos y distraídos quizás asisten al resto de la ceremonia sin comprenderla. Adelántase el celebrante, sin apartarse del lado de la epístola, y los que le ayudan descubren el brazo derecho de la Cruz. Entonces eleva la Cruz más alto, y en tono más fuerte repite: «Este es el madero...» Así como la primer elevación representa la primer predicación del Evangelio, en el seno del apostolado, la segunda representa el Evangelio anunciado á los judíos, cuando los Apóstoles, después de la venida del Espíritu Santo, fundan la Iglesia dentro de la Sinagoga. Por tercera vez avanza el sacerdote, cara al pueblo; acaba de descubrir la Cruz, el brazo izquierdo; y ya sin velo alguno la levanta más alto todavía, repitiendo la proclama: «Ecce lignum...» Significa la tercer elevación el Evangelio predicado universalmente, la *catolicidad*.

Ya descubierta y elevada, la Cruz está expuesta á la adoración. Entónanse en el templo los famosos *Improperios*, las quejas del Mesías contra los judíos que le desconocieron al verle. Mezclado con ellos resuena el oriental *Trisagio*, que aún hoy se dice en griego, como si la iglesia bizantina no se hubiese escondido de la romana. Esas aisladas palabras griegas parece que lloran, que plañen la separación. Y el canto del Improperio resuena doloroso y nostálgico: «¿Qué te hice, oh pueblo mío? ¿Por qué has clavado á tu Salvador en una cruz? Yo te planté como la más hermosa de mis viñas, y tú me diste á beber vinagre, y atravesaste mi costado con tu lanza...» Al final de esta elegía tan hermosa, el himno triunfal del poeta Claudiano «*Dulce lignum, dulces clavos, dulce poudos sustinet*» suele traer la expresión del consuelo y de la mística victoria.

EMILIA PARDO BAZÁN.